

## CONSIDERACIONES SOBRE OZMIN Y DARAJA DE MATEO ALEMÁN

*Ozmin y Daraja* es la última de las tres obras que integran el subgénero de la novela morisca en España: *El Abencerraje* (1561), las *Guerras civiles de Granada* (primera parte, 1595) y *Ozmin y Daraja* (intercalada en la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, 1599). Pero no se trata sencillamente de otra idealización pintoresca del moro de Granada, como es el caso de las dos primeras obras. El genio creador de Mateo Alemán, hombre del Barroco, era demasiado complejo para limitarse a fines tan modestos y, en su concepto, frívolos. Este era el adusto escritor que deseaba que su novela picaresca se recordara con el nombre de «Atalaya de la vida humana», en vez de «El Pícaro», como le decía el vulgo <sup>1</sup>. Por lo tanto, no es sorprendente que la crítica moderna <sup>2</sup> haya encontrado en el *Guzmán de Alfarache* un sentido más profundo del que vio el público del siglo XVII. Pero hasta ahora la crítica no ha incluido las cuatro novelitas intercaladas en este proceso de revaloración. Es verdad que estas novelitas constituyen «remansos donde [el lector] descansa de la sucesión de digresiones y de aventuras invariablemente picarescas...» <sup>3</sup>. Pero también es cierto que, por lo menos, en *Ozmin y Daraja* se halla la misma profundidad de intención que en el *Guzmán*.

Existen dos estudios importantes sobre *Ozmin y Daraja*: Georges Cirot lo analizó en conexión con sus investigaciones sobre «La maurophilie littéraire en Espagne au XVI<sup>e</sup> siècle» <sup>4</sup>, y Enrique Moreno Báez le dedicó unas páginas en su *Lección y sentido del «Guzmán de Alfarache»*.

<sup>1</sup> *Guzmán de Alfarache*, parte II, libro I, capítulo VI (tomo III, p. 170 de la edición de Clásicos Castellanos. Madrid, 1928).

<sup>2</sup> V. por ejemplo, los estudios de MIGUEL HERRERO, *Nueva interpretación de la novela picaresca*, *RFE*, 1937, XXIV, pp. 343-362, y ENRIQUE MORENO BÁEZ, *Lección y sentido del «Guzmán de Alfarache»*. Madrid, 1948.

<sup>3</sup> MORENO BÁEZ, *Lección y sentido*, p. 181

<sup>4</sup> *BHi*, 1938, XI, 1939, XLI, 1940, XLII, 1941, XLIII, 1942, XLIV y 1944 XLVI.

ches. Cirot emparenta *Ozmín y Daraja* con *El Abencerraje*, encontrando que la génesis de ambos responde a las mismas preocupaciones (*BHi*, XL, p. 157), y que *Ozmín y Daraja* representa una continuación armoniosa del espíritu de «optimisme vital, vivifiant et pur» de *El Abencerraje* (*BHi*, XL, p. 438). El erudito francés ve la misma idealización en las dos obras: «Il y a là une ambiance idéale qui fait aux deux idylles un fond lumineux» (*BHi*, XLIV, p. 101). Al comparar *Ozmín y Daraja* con el *Guzmán*, se sorprende de hallar en aquél un «optimisme, qui tranche avec le sujet même des autres chapitres» (*BHi*, XLVI, p. 13). Moreno Báez reitera todas las apreciaciones de Cirot, notando que, por todas las novelitas intercaladas del *Guzmán*, «corre un soplo de ese idealismo que caracteriza a la literatura del xvi, todas tienen un fondo de ternura, muy distinto de la sequedad que puede observarse en el cuerpo de la novela...» (*Lección*, pp. 181-182). Opina que en *Ozmín y Daraja* «no hay ni una sombra» del pesimismo típico del *Guzmán* (p. 182); al contrario, allí prevalece «una visión del mundo dominada por el optimismo y por la confianza...» (p. 183). Moreno Báez halla tal contraste entre el concepto del hombre y de la vida expresado en *Ozmín y Daraja* y en el *Guzmán*, que llega a conjeturar que Alemán debía tener escrita la novela morisca antes de empezar su novela picaresca (p. 185).

A nuestro juicio, ni Cirot ni Moreno Báez han visto lo esencial de la obra de Alemán. Ambos críticos han tenido presente *El Abencerraje* al comentar *Ozmín y Daraja*, pues le atribuyen a éste las mismas características de aquél, sin darse cuenta de las grandes diferencias que existen entre los dos.

Vamos a resumir brevemente el argumento de *Ozmín y Daraja* para poder apreciar hasta qué punto Mateo Alemán amoldó su novela morisca al espíritu y forma renacentistas de *El Abencerraje*. La acción se desarrolla de la manera siguiente: durante el sitio que los Reyes Católicos pusieron a la ciudad de Baza, en 1488 y 1489, fue capturada la hermosa Daraja, hija del alcaide moro de aquella ciudad. La reina Isabel la lleva junto a sí y la colma de atenciones. Al irse después la reina a presenciar el cerco de Granada, deja a Daraja en Sevilla, en casa de un privado suyo, don Luis de Padilla. Daraja está prometida en matrimonio a Ozmín, un caballero moro. Los dos iban a celebrar sus bodas cuando el sitio desbarató sus proyectos. Ozmín cae enfermo al enterarse de la prisión de su novia, pero saca fuerzas de flaqueza y se encamina a Sevilla. Antes de llegar a esa ciudad, es hecho prisionero por un capitán cristiano, pero logra escaparse, mediante un soborno. Para entrar en la casa de don Luis, Ozmín cambia su nombre por el de Ambrosio y trabaja primero de peón de albañil y luego de jardinero.

Como se ve a Daraja y Ambrosio hablar mucho a solas, surgen sospechas. Daraja las desvanece diciendo que el jardinero fue criado de su prometido. Don Rodrigo, el hijo de don Luis, anda enamorado de Daraja y pide a Ambrosio que le ayude a conquistar su voluntad. Al ver que el jardinero no apoya su pretensión, le hace despedir de la casa. Ozmín sigue en su traje de jardinero y va a servir a don Alonso, quien también está enamorado de Daraja y quiere aprovecharse de Ambrosio para ganar sus favores. La mora se pone muy triste sin Ozmín, y, para divertirla, don Luis ordena unas fiestas de toros, juegos de cañas y justas. En estos juegos se luce Ozmín, siempre bajo disfraz. En vista de que Daraja sigue triste, don Luis y su familia la llevan al campo. Ozmín la sigue, con don Alonso, y los dos se ven atacados sin motivo por los villanos de la aldea. En la refriega, Ozmín mata a varios villanos y hiere a muchos más, pero, por fin, queda preso. A pesar de los esfuerzos de don Alonso y don Rodrigo, Ozmín es condenado a la horca. Momentos antes de llevarse a cabo la sentencia, el moro es salvado por orden de los Reyes Católicos. Los enamorados se convierten al cristianismo y los reyes son padrinos de la boda.

De este resumen resulta evidente que *Ozmín y Daraja* recuerda las líneas generales de la novela griega: dos leales amantes, ya comprometidos para casarse, se ven separados repetidas veces por reveses de la fortuna, hasta que, al fin, logran superar los obstáculos que se oponen a su unión y se casan. El principal resorte del desarrollo novelesco de *Ozmín y Daraja* —la captura de la heroína por un enemigo, y los consiguientes esfuerzos frustrados de su amante para reunirse con ella— es justamente el de la novela griega. Fuera de estas semejanzas generales, hay tantas otras coincidencias de detalle con la *Historia Etiópica* de Heliodoro, la novela griega más conocida en España durante esta época<sup>1</sup>, que resulta evidente que Alemán tomó esta novela como modelo de *Ozmín y Daraja*. Vamos a enumerar algunas de las coincidencias más destacadas<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Heliodoro gozó gran popularidad en España en la segunda mitad del siglo XVI y primera mitad del XVII. Entre los contemporáneos de Alemán que imitaron a Heliodoro se cuentan Cervantes, Lope, Calderón, Gracián y muchos otros.

<sup>2</sup> Para un estudio más completo de la influencia de Heliodoro sobre Alemán, véase nuestro artículo en *HR*, 1966, XXXIV. Algunas de las coincidencias que vamos a notar entre *Ozmín y Daraja* y la *Historia Etiópica* también pueden encontrarse en *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio. Esto se debe a que son características comunes a la novela griega en general, y, por lo tanto, no hay necesidad de suponer influencia de Aquiles Tacio en Alemán. Aquiles Tacio no ejerció gran influencia en España fuera de la imitación de Alonso Núñez de Reinoso, titulada *Historia de los amores de Clareo y Florisea* (Venecia, 1552). y posiblemente en el *Perisiles* de Cervantes. La primera traducción española de *Leucipe y Clitofonte* es de 1617.

En cuanto a los protagonistas, Ozmín y Daraja son descendientes de reyes, igual que Teágenes y Cariclea. La pureza de las relaciones de los moros<sup>1</sup>, descritas por el autor como «honestísimo trato» (p. 181)<sup>2</sup> y «casto y verdadero amor» (p. 238), recuerda los amores de Teágenes y Cariclea, cuya castidad constituye el tema dominante de la *Historia Etiópica*. Ozmín y Daraja hacen gala de la misma facilidad para mentir que sus predecesores griegos. Estos suelen dar relatos falsos de sus vidas siempre que les conviene (pp. 44-46 y 268); los moros también mienten para encubrir su identidad (pp. 184, 190, 194-196, 220-224 y 235-236). Igual que Cariclea, Daraja es el objeto de los deseos amorosos, siempre con fines matrimoniales, de muchos forasteros. Cuando don Rodrigo y don Alonso le piden a Ozmín que sirva de intermediario en sus amores con Daraja (pp. 198-199 y 205), se trata de otra situación adaptada de la *Historia Etiópica*<sup>3</sup>, donde se le pide a Cariclea que persuada a Teágenes para que tenga relaciones ilícitas con su sensual ama Arsace (p. 280). Los celos que siente Ozmín de los pretendientes de Daraja (pp. 200-201) recuerdan los celos de Teágenes cuando Cariclea aparenta aceptar la propuesta de matrimonio que le hace el jefe de los bandidos (pp. 48-51). Cariclea enferma de amor después de conocer a Teágenes y nadie acierta con su mal (pp. 124 y s.s.); de una manera muy parecida, Daraja enferma al ser separada de Ozmín y ninguno descubre la causa

<sup>1</sup> Se observará el contraste con la sensualidad de los amores del Abencerraje y Jarifa, quienes se unen en matrimonio secreto sin siquiera tratar de conseguir el consentimiento paterno. Lo libre de la acción, y la obvia delectación con que la describe el autor, recuerdan pasajes similares de la *novella* italiana y los libros de caballerías: «Y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus coraçones. En esta conquista passaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escriptura» (p. 331 de la ed. de LÓPEZ ESTRADA, Madrid, 1957). En la versión del *Inventario* de Villegas, es verdaderamente desconcertante la desenvoltura de Jarifa, quien se burla de que Rodrigo de Narváez se haya arrepentido de sus deseos adulterinos: «—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso, mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera, y pudo más con él la honra del marido que la hermosura de la muger. Y sobre esto dixo otras muy graciosas palabras» (pp. 337-338 de la ed. ya citada). J. P. W. CRAWFORD ha señalado que este episodio es imitación de una *novella* de Ser Giovanni o de Masuccio Salernitano (*RFE*, 1923, X, pp. 281-287).

<sup>2</sup> Las citas de *Ozmín y Daraja* son del tomo I de la ed. de Clásicos Castellanos; las de la *Historia Etiópica* están tomadas de la ed. de LÓPEZ ESTRADA, Madrid, 1954, que reproduce la traducción de 1587 por Fernando de Mena.

<sup>3</sup> MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, *HR*, 1960, XXVIII, p. 357, señala que esta situación es típica de la novela griega, pero no especifica fuentes; también nos recuerda que Cervantes utilizó esta situación en *Los baños de Argel* y en el *Persiles*.

de su melancolía (pp. 207 y s.s.). Ozmín se luce en las fiestas de toros y justas, mientras Daraja presencia sus triunfos (pp. 208-227), repitiendo las hazañas de Teágenes en los Juegos Pitios ante los ojos enamorados de Cariclea (pp. 141-143). El lance del toro suelto que Ozmín mata (pp. 214-215) trae a la memoria un incidente parecido en la novela de Heliodoro, donde Teágenes también luce su destreza y fuerza física dominando un toro (pp. 408-412) <sup>1</sup>. El hecho de que Ozmín no se defiende durante su juicio (pp. 240-243) es otro rasgo típico de la novela griega (Heliodoro, pp. 310-312 y 409-422). Cuando parece que Ozmín va a ser ajusticiado, a Daraja le viene la tentación de matarse (p. 238), idea común con la *Historia Etiópica* cuando los amantes se hallan en tales circunstancias (pp. 60-61, 64 y 310-312). El desenlace de la novela —Ozmín es salvado en el último momento por intervención real— está calcado sobre el final de la *Historia Etiópica*. En ambos casos, los reyes, como *dei ex machina*, sacan a los enamorados del atolladero en que se han metido y apadrinan sus bodas.

No debe extrañarnos que Mateo Alemán se contara entre los muchos aficionados españoles de la *Historia Etiópica*. Francisco López Estrada ha señalado <sup>2</sup> el entusiasmo que había por esta novela en la Universidad de Alcalá; como Alemán estudió en esta universidad, era natural que compartiera su interés. También debe notarse que tres años antes de salir a la luz *Ozmín y Daraja*, Alonso López Pinciano publicó su *Philosophía antigua poética* (1596), en la cual ensalzó altamente la *Historia Etiópica*, comparándola con la *Iliada*, la *Odisea* y la *Eneida*.

A pesar de ser una novela morisca, *Ozmín y Daraja* sólo se parece a los otros integrantes del subgénero en unos aspectos exteriores: con *El Abencerraje* y las *Guerras civiles de Granada* coincide en tener protagonistas moros, con quienes se identifica el autor, en la presentación de algunas facetas pintorescas de su civilización, y en el uso de un marco histórico que reproduce la lucha entre moros y cristianos. Alemán también tomó tal cual detalle menor de *El Abencerraje* <sup>3</sup>, y se inspiró en las *Guerras civiles* para sus descripciones de las fiestas de toros, los juegos de cañas y las justas, y coincidió con Pérez de Hita en la conversión final de los protagonistas.

Pero *Ozmín y Daraja* discrepa de las otras novelas moriscas en su

<sup>1</sup> También hay un episodio similar en las *Guerras civiles* (BAE, III, p. 526).

<sup>2</sup> Pp. ix-xii, xxiii y xl de su prólogo ya citado.

<sup>3</sup> El detalle más evidentemente imitado de *El Abencerraje* es la captura de Ozmín por el capitán cristiano, lo comentaremos más adelante. CIROT (BHi, XLIV, pp. 98-99) cree que la escena de la huerta donde se reúnen Ozmín y Daraja es un calco de la escena en la huerta de Jarifa. Cirot también compara

característica más esencial: la idealización del moro. *El Abencerraje* surgió como consecuencia de la nueva valoración de los moros como tema literario después de consumada la reconquista: su anónimo autor dio forma novelística a las idealizaciones literarias del moro divulgadas anteriormente en el romancero. La visión de los moros que se halla en *El Abencerraje* responde a una idea poética, puramente literaria, de este pueblo. La nobleza y alteza de sentimientos de los protagonistas les dan una aureola de irrealidad parecida a la de los libros de caballerías. Abindarráez es un modelo de virtudes caballerescas: es enamorado, leal y valiente, y su palabra vale como el oro; Jarifa es hermosa y rendida de amor por su galán. O mejor dicho, son Amadís y Oriana en traje morisco, pues de morunos no tienen más que el atuendo. Hasta la figura del personaje histórico, Rodrigo de Narváez, está bañada con la misma luz desrealizadora, en vez de resaltar nítidamente con sus atributos verdaderos sobre el fondo de brumosa idealidad que infunde la obra. También son prototipos de caballería y bizarría los moros de Ginés Pérez de Hita.

En *Ozmín y Daraja* tenemos una visión muy distinta del moro; aquí faltan por completo las falsas idealizaciones renacentistas. Ozmín y Daraja son de dimensiones puramente humanas; son flacas figuras sujetas a las limitaciones y debilidades del ser humano común y corriente. Mientras que Abindarráez siempre se mantiene dentro de los límites de la más rigurosa caballería y goza del aprecio y respeto de sus enemigos, quienes reconocen a un igual en él, Ozmín tiene que recurrir a expedientes humillantes, como el mentir, y rebajarse a oficios propios de villanos<sup>1</sup>. El Abencerraje puede vanagloriarse de su raza y su ley, pero el pobre Ozmín debe ocultar sus sentimientos íntimos y, renegando de su ley, hacerse pasar por lo que no es: un cristiano viejo. En cuanto a valentía, Ozmín sobresale en los juegos y justas, pero no realiza hazañas verdaderamente sobrehumanas en el campo de batalla, como Abindarráez. Para apreciar la enorme distancia que media entre

---

a los héroes de las dos novelitas: «...les héros sont des modèles de constance, de fidélité, de gentillesse aussi. Ils ont toute la grâce de la jeunesse, le prestige de la noblesse; lui la valeur; elle la beauté... Ils ont en plus l'auréole du malheur. Ils sont des vaincus, des prisonniers même...» (*BHi*, XLIV, p. 99). Pero esta misma descripción puede aplicarse igualmente a los héroes de la novela griega, con quienes Ozmín y Daraja tienen más estrecho parentesco, como veremos en seguida. El que Ozmín y Daraja se hayan amado desde la niñez puede ser una imitación de *El Abencerraje*, que es, a su vez, probablemente un recuerdo de la leyenda de Píramo y Tisbe o de *Dafnis y Cloe*, como señala CIROT (*BHi*, XL, p. 296).

<sup>1</sup> Recuérdese que Teágenes también tiene que desempeñar oficios bajos como esclavo en el servicio del palacio real (*Historia Etiópica*, pp. 285 y ss.).

los dos, basta comparar un episodio que Alemán adaptó de *El Abencerraje* con el original: al ir en busca de su amada, Ozmín es hecho prisionero por un cristiano, como lo había sido el Abencerraje. Pero ¡qué diferencia en las circunstancias de la captura! El Abencerraje sufre derrota a manos de Rodrigo de Narváz sólo después de haber vencido a cinco cristianos, y su vencimiento se debe, en gran parte, al cansancio. En contraste con esta lucha de dimensiones épicas sostenida por el Abencerraje, Ozmín se deja prender, junto con su escudero, sin oponer la menor resistencia: «Pues así como los viese [el capitán], los prendió» (p. 183). Esta pasividad denuncia la ascendencia griega de Ozmín; recordemos que, durante sus peregrinaciones, Teágenes es capturado por un enemigo tras otro, generalmente sin intentar defenderse<sup>1</sup>. Es sumamente sintomático el que Alemán sobreponga características de la novela griega a un episodio tomado de *El Abencerraje*. En este detalle se aprecia hasta dónde el escritor barroco rechazó todo lo que fuera idealización renacentista. El final del episodio ilustra a las mil maravillas el contraste entre el idealismo característico del Renacimiento y el desengaño del Barroco. En *El Abencerraje* Rodrigo de Narváz se muestra generoso hasta la magnificencia con su cautivo: a cambio de una promesa de volver dentro de tres días, permite al moro enamorado acudir a la cita con que le favoreciera su amada, y luego allana el camino para que puedan casarse y los colma de dádivas. Compárese este episodio en que todos compiten en superarse en magnanimidad con la sórdida mezquindad humana retratada en *Ozmín y Daraja*: se le hace evidente a Ozmín que su apresador busca un soborno («Solo fué su pretensión que... le quebrara los ojos con algunos doblones...» ([p. 184]), y, una vez que el moro ha satisfecho su codicia, el capitán le deja seguir su camino sin importarle nada el cumplimiento de su deber como guardián de la frontera. Pero por lo visto no acaban ahí los trabajos de Ozmín, pues dice el autor con obvio tono de desengaño: «Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla...» (p. 185). Después de comparar estos dos episodios, que deben considerarse como pasajes claves para la comprensión de los distintos matices de la novela morisca, resulta difícil aceptar el optimismo y el idealismo (cualidades renacentistas) como lo más característico de *Ozmín y Daraja*.

Otro rasgo que pone de manifiesto las características esencialmente renacentistas de *El Abencerraje* y las barrocas de *Ozmín y Daraja* es su tratamiento del tema religioso. En *El Abencerraje* el espíritu caballeresco y de tolerancia tiene primacía sobre los afanes religiosos; la sim-

<sup>1</sup> Por ejemplo, véanse las pp. 183-185 y 328-329.

patía por los moros no repara en la diferencia de fe, y ni siquiera hay alusión a ello. En cambio, uno de los motivos principales de *Ozmín y Daraja* es la preocupación de los cristianos por la salvación del alma de los protagonistas moros, pues aquéllos dan por sentado que el cristianismo es la única fe verdadera. A lo largo de toda la novelita, los Reyes Católicos tienen la esperanza de que Daraja se convierta al cristianismo (pp. 179, 203, 244). Don Rodrigo y los otros pretendientes cristianos de Daraja expresan el mismo deseo, y está claro que su conversión sería un requisito para casarse con ellos (pp. 197, 198). Los padres de Ozmín y Daraja piden ser bautizados al rendirse sus ciudades a los cristianos, como quienes se convencen súbitamente del error de su ley (p. 237). Cuando Ozmín va a ser ajusticiado, el público de Sevilla trata de persuadirle a que se confiese y no pierda «el alma con el cuerpo» (p. 243) <sup>1</sup>. Por toda la obra el tema de la redención de los enamorados corre paralelo al tema de sus tentativas de reunirse, hasta que los dos hilos convergen en el desenlace final, en presencia de los reyes. Los esfuerzos de los cristianos por convertir a Ozmín y Daraja son tan persistentes y resultan tan infructuosos como los esfuerzos de los moros para reunirse, hasta el momento en que los Reyes Católicos salvan la vida de Ozmín, y Dios, mediante su gracia, salva el alma de los dos, permitiéndoles ver la «verdadera luz» (p. 245) <sup>2</sup>.

Cuando se tiene en cuenta la importancia que el tema religioso posee en su obras <sup>3</sup>, resulta lógico que Alemán, imitando el final de la *Historia Etiópica*, utilizara la técnica del *deus ex machina* para solucionar los problemas de Ozmín y Daraja. La intervención de los Reyes Católicos (nótese lo apropiado del epíteto) para salvar el cuerpo de los enamorados refleja la intervención divina para salvar su alma. Lo inverosímil de

<sup>1</sup> Otro indicio de la mutua intolerancia religiosa entre cristianos y musulmanes es la siguiente afirmación de Daraja, hecha cuando inventa la historia de su ficticio «esposo» moro y un «cautivo» cristiano, criado de aquél: «Ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba; que por la mucha discreción de ambos nunca della se trataron por no deshermanarse» (p. 195).

<sup>2</sup> Hay una curiosa coincidencia entre el final de *Ozmín y Daraja* y el de la *Historia Etiópica*, donde dice Cariclea: «...si por la clemencia de los dioses éste, mi cuerpo, ha sido librado, por la misma clemencia sea también librada mi alma...» (p. 400). Claro que aquí «mi alma» significa su amante Teágenes, pero el pasaje se presta para una interpretación alegórica y bien puede representar otro ejemplo de la influencia de Heliodoro sobre Alemán.

<sup>3</sup> También hay gran interés por la religión en la *Historia Etiópica*: Teágenes y Cariclea son sacerdotes (igual que unos personajes secundarios, como Calasiris y Tiamis), y hay frecuentes descripciones de los sacrificios y prácticas religiosos (pp. 44-45, 113-123, 190, 259-260, 263-265, 345-347, 375-385, 400-401, 426).

la primera situación está como amortiguado por la segunda situación, pues nadie se atrevería a poner en tela de juicio la verosimilitud de la intervención divina, aun cuando se trata de un suceso sobrenatural. En otras palabras: la intervención de los reyes, solución del *deus ex machina*, viene a participar, por contagio, de la aureola sagrada de la conversión <sup>1</sup>.

Creo que a través del presente estudio hemos demostrado que no hay en *Ozmín y Daraja* un tema unitario, como en la novela griega o morisca, sus modelos principales, sino un tema bipartito: la reunión de los novios (tema pagano) y su unión con Dios (tema divino). Esta es la misma dualidad que encontramos en el *Guzmán de Alfarache*: por un lado, el gusto por la aventura; por otro, la preocupación religiosa. Es fácil demostrar que también existe un paralelismo de estructura entre las dos obras. En el *Guzmán* el protagonista arrostra una larga serie de peripecias, y éstas le dan al autor la oportunidad de hacer reflexiones moralizadoras e intercalar digresiones expresivas de su misantropía. El procedimiento de Alemán es presentar algún acto de maldad dentro de la acción y luego comentarlo. En *Ozmín y Daraja* hallamos este mismo procedimiento. A todo lo largo de la acción se dan ejemplos de la maldad humana, seguidos de su correspondiente consideración moralizadora: la venalidad del capitán, que sólo busca un soborno (pp. 184-185); el recelo y curiosidad malsana que existe en todas partes hacia los forasteros (pp. 185-186); la envidia que le tienen a Ozmín sus compañeros de trabajo (p. 187); las murmuraciones en torno a las relaciones de Daraja con el jardinero (p. 191); la impunidad con que la gente principal puede cometer tropelías (p. 206); la hipocresía en el trato social (p. 207); y el odio de la gente villana a la noble (pp. 232-236) <sup>2</sup>. La complejidad de estructura, típica del Barroco, contrasta mucho con la sencillez renacentista de *El Abencerraje*, el modelo principal de *Ozmín y Daraja* dentro del género morisco. En cuanto a conte-

<sup>1</sup> Como ha señalado MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL (*HR*, XXVIII, p. 351), la conversión de los moros era cosa obligada en la presentación española del Siglo de Oro. Pérez de Hita fue el que inició esta convención en la novela. MORENO BÁEZ ha comparado la rapidez de la conversión de los moros en las *Guerras civiles* y *Ozmín y Daraja* con la rapidez con que se cambian en la *Diana* los afectos de los enamorados por medio del agua de la sabia Felicia (*Lección y sentido*, p. 184). Pero hay que advertir que en las *Guerras civiles* no hay nada que prepare la conversión de los Zegríes, mientras que en *Ozmín y Daraja* se trata de la culminación de un tema fundamental, como ya hemos visto.

<sup>2</sup> Mateo Alemán tenía un lejano precedente para sus moralizaciones en la *Historia Etiópica*, donde, a cada paso, se extraen enseñanzas morales de las situaciones novelescas; por ejemplo: «—No nos desamparó del todo la justicia —dijo él entonces—, según la sentencia de Hesiodo, antes, aunque parece que alguna

nido ideológico, el contraste entre el sombrío desengaño presente en *Ozmín y Daraja* y la optimista alegría de *El Abencerraje* nos ofrece una comparación muy interesante del tratamiento de un mismo tema por un escritor del Renacimiento y otro del Barroco.

Resumiendo en pocas palabras: diremos que *Ozmín y Daraja* no es una novela morisca común y corriente, por el estilo de *El Abencerraje* y las *Guerras civiles de Granada*. Mientras que el contenido de estas últimas novelas se reduce a una visión completamente idealizada del moro de Granada, *Ozmín y Daraja* pretende ser algo mucho más profundo y edificante (aunque es igualmente superficial en su presentación de lo morisco). A través de sus páginas conocemos la historia de dos desdichados amantes moros, quienes, al igual que los héroes de la novela griega, pasan por infinitos trabajos en un vano intento de unirse. Pero sus trabajos tienen un propósito divino, pues así es como Dios ha querido traerlos al conocimiento de la verdadera religión.

Al contrario de lo que se ha dicho en estudios anteriores, *Ozmín y Daraja* dista mucho de ser un remanso de optimismo e idealismo (características renacentistas) intercalado en un libro sombrío y pesimista (características barrocas). Nuestro análisis ha revelado que en *Ozmín y Daraja* se encuentran, en forma abreviada, los mismos temas de pesimismo y desengaño que en el cuerpo del *Guzmán de Alfarache*. Se puede decir que *Ozmín y Daraja* es una obra optimista en el sentido de que el esfuerzo y la virtud triunfan en un desenlace feliz; pero este mismo final feliz es una píldora dorada, pues al lado del logro de los deseos terrenos (el casamiento de los dos moros), tenemos la lección moralizadora (su conversión al cristianismo). Precisamente en esto consiste el atractivo de Mateo Alemán para su época: sabe embelesar con la narración de aventuras entretenidas al tiempo que enseña lecciones de moral. En el *Guzmán* el velo que cubre las enseñanzas morales son las aventuras picarescas; en *Ozmín y Daraja*, son las peregrinaciones de dos leales amantes y las descripciones de fiestas de toros, juegos de cañas y justas. En ambos casos Alemán explota, como hábil narrador, los géneros literarios de moda en su época —el picaresco, el morisco y el griego— pero siempre adaptándolos a sus propios fines artísticos.

DONALD MCGRADY

Universidad de California, Santa Bárbara.

vez disimula con las ofensas de los hombres dilatando el castigo por largos tiempos, empero en tan nefandas maldades echa luego su ojo de venganza áspero y cruel, como agora hizo castigando a la malvada Deméneta...» (pp. 32-33).